



EL ORIGEN DEL UNIVERSO SEGÚN DISTINTAS CULTURAS

**PRIMERO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA
CIENCIAS DE LA NATURALEZA**

EL ORIGEN DEL UNIVERSO SEGÚN DISTINTAS CULTURAS

En la antigüedad, los mitos ofrecían un tipo de respuestas similar al que hoy en día nos proporcionan las teorías científicas. Estas explican los hechos mediante la relación entre conceptos científicos, pero en la antigüedad las culturas arcaicas los justificaban mediante relatos. A través de ellos se indicaba el lugar del hombre en el universo, la naturaleza de la sociedad, la relación entre el individuo y el universo y el significado de los acontecimientos de la naturaleza.

Existen multitud de mitos y leyendas de acuerdo con las diferentes culturas existentes. En ellos, los dioses suelen representar las fuerzas y elementos fundamentales de la naturaleza, de cuya relación derivan la multitud de fenómenos que condicionan la vida y la sociedad de los diferentes pueblos. Los mitos explican los misterios de la naturaleza, estableciendo relaciones entre cosas simples y conocidas y otras que son más difíciles de comprender. Así como el huevo da origen a la vida, también el mundo en algunos mitos, se originó de un huevo. Las montañas a menudo son inaccesibles e inspiran respeto, igual que los seres a quienes el hombre atribuye un poder superior. Por tanto la morada de los dioses puede ser una montaña (el Olimpo en la mitología griega).

Los mitos existen en todas las partes y todos los pueblos del mundo y a pesar de su asombrosa variedad, comparten ciertas características. Estas similitudes son debidas a que los hombres se encuentran en todos los sitios ante los mismos problemas básicos y se plantean las mismas preguntas. Quieren saber por qué son lo que son, por qué la naturaleza se comporta como lo hace y cómo están relacionadas las causas y los efectos.

Dentro de los mitos, destacan aquellos en los que se explica el origen del mundo y del hombre. En la mayor parte de ellos, la creación del Universo se produce a partir de la nada o el caos, mostrando la importancia que posee el orden (social) en todas las culturas. Suele ser muy común que la creación sea obra de un ser superior o de un dios. Muchas veces, ese dios original, inicia el proceso de creación del Universo y son sus descendientes quienes continúan la obra. De esta forma se muestra que el origen de la vida y del Universo, es un proceso lento y la importancia de la descendencia, su educación y formación.

La idea de la formación de la tierra y el cielo a partir de la separación de la materia original es otro de los puntos recurrentes en los mitos de creación. Es frecuente, además, que el cielo se identifique con una divinidad masculina y que la tierra se vincule a una divinidad femenina, asociando esta divinidad a la fertilidad. Además, en la mayoría de los mitos, el agua en forma de lluvia, lagos y océanos ocupa un papel destacado. Esto es debido a que el agua posee un valor fundamental para la vida, ocupa un lugar destacado entre todos los elementos que constituyen el mundo natural. Otra característica común en los mitos de creación es la idea de que el mundo o incluso todo el Universo está formado por restos corporales de una deidad o entidad superior original. De esta forma se intenta asegurar que las acciones desarrolladas por el ser humano respeten la Tierra y todos sus elementos, al identificarla con un ser superior.

En algunos mitos se da un desarrollo de la creación en varias etapas o fases creándose en una de ellas el ser humano. La naturaleza de los humanos se sitúa entre los dioses, que son superiores al hombre, y los animales, que son inferiores. De esta forma, las culturas recuerdan que el hombre es un ser natural, creado por una deidad al igual que el resto de los seres, pero que se diferencia de ellos por su capacidad de comprensión.

,ÁFRICA

Los orígenes según los yoruba (Nigeria y República de Benin)
Olorum, el Dios del cielo, pidió a sus hijos que crearan un nuevo reino en el que se extendieran sus descendientes. Este reino se llamaría Ile-Ife.

Olorum lanzó una gran cadena desde el universo donde vivía hacia las aguas primeras, por la que bajó Oduduwa con un puñado de tierra en sus bolsillos, una gallina de cinco dedos y una semilla.

Cuando estuvo preparado, Oduduwa arrojó el puñado de tierra sobre las aguas, formándose así su nuevo reino, Ife. Allí la gallina rasgó el suelo y enterró la semilla, de la que creció un gran árbol de dieciséis ramas, que son los dieciséis hijos de Oduduwa, de los que descienden las dieciséis tribus yoruba.

Los orígenes según los bantú (Centro-África)

En el reino de la oscuridad Bumba vivía solo.

Estaba tan triste que se sintió agitado en su interior por un terrible dolor de estómago. De la primera náusea Bumba vomitó el Sol, iluminando así el universo. El calor del sol provocó que la tierra disuelta en el agua se secase en algunas partes.

Cuando llegó la noche, la oscuridad volvió a reinar, por lo que Bumba se volvió a sentir mal, vomitando entonces la luna y las estrellas para que la noche tuviera también su luz.

Bumba siguió vomitando durante el día y la noche, apareciendo entonces nueve criaturas: un leopardo, un águila, el cocodrilo, un pez, una tortuga, el rayo, una garza, un cabrito y un escarabajo.

Al fin, Bumba vomitó al hombre, millones de ellos, uno blanco como él, llamado Yoko Lima, y el resto negros porque fueron vomitados en la noche, y todos ellos se procrearon y se extendieron por todos los territorios.

Imagen de una mujer bantú

(Fuente. UNESCO)

Los orígenes según los ekoi (Sur de Nigeria)

En el comienzo, había dos dioses, Obassi Osaw y Obassi Nsi. Estos dos dioses crearon juntos todo lo que existe. Entonces Obassi Osaw decidió vivir en el cielo y Obassi Nsi decidió vivir sobre la tierra. Obassi Osaw, el dios del cielo, nos da la luz y la humedad, pero también trae las sequías y las tormentas. Obassi Nsi, el dios de la tierra, nos alimenta, y lleva a la gente de vuelta con él cuando muere. Un día, hace mucho tiempo, Obassi Osaw creó un hombre y una mujer, y les colocó en la tierra. Y como ellos no sabían nada, Obassi Nsi les enseñó a cultivar y a cazar para conseguir comida.

Los orígenes según los egipcios (Delta y ribera del río Nilo)

Antes del inicio del mundo, apareció Ra, El Luminoso. Era omnipotente y el secreto de su poder se hallaba en su propio nombre, que nadie más conocía. Gracias a su poder, le bastaba con nombrar una cosa para que cobrara vida instantáneamente, apareciendo como había aparecido él. "Al alba seré Jepri, Ra durante el día y Atom durante la noche", dijo el dios, y mientras profería estas palabras, he aquí que se transformó en el sol que se levanta por el oeste, que cruza el firmamento y que se pone por el este. Y así acabó el primer día del mundo.

Ra invocó a Shu y creó así el viento. Le dio su nombre a Tefnut, diosa del rocío y se hizo la lluvia. Después, pronunció el nombre de Geb y la tierra surgió entre las aguas del océano. Llamó a Nut y apareció la diosa del cielo, que sostiene como un arco la bóveda celeste, apoyando los pies en un extremo del horizonte y las manos en el opuesto. Invocó a Hapy y así el Nilo, el río sagrado comenzó a discurrir por las tierras para hacerlas fértiles.

Después, nombró todo lo que hay en la creación, y las cosas existían en cuanto las nombraba. Por último, dijo las palabras "hombre" y "mujer" y las tierras egipcias fueron habitadas por los humanos.

Entonces, el propio Ra se transformó en humano y se convirtió en el primer faraón de Egipto.

ASIA

Los orígenes según los Ainu (Japón)

Al principio, el mundo era un cenagal. Nada ni nadie podía vivir allí. Pero en los seis cielos que había sobre la tierra y en los seis mundos que existían debajo de ella, vivían dioses, demonios y animales.

En los brumosos cielos inferiores vivían los demonios. En la estrella polar y en los cielos intermedios donde se encontraban las nubes vivían los dioses menores. En los cielos superiores vivía Kamui, el dios creador, y sus sirvientes. Su reino estaba rodeado por una muralla de un resistente metal y la única entrada que existían era una gran puerta de hierro.

Kamui hizo este mundo como un gran océano que descansaba sobre el espinazo de una enorme trucha. Este pez sorbe el agua del océano y lo escupe de nuevo para crear las mareas, y cuando lo

mueve causa terremotos.

Un día Kamui miró hacia abajo, hacia este mundo acuático, y decidió crear algo a partir de él, y envió un pájaro para que hiciera este trabajo. Cuando el pobre pájaro llegó y vio el caos en el que todo estaba sumido, al principio no supo qué hacer. Pero, aleteando sobre las aguas y pisando la arena con sus patitas y golpeándola con su cola, el pájaro consiguió al fin crear algunas zonas de tierra seca. Y de este modo emergieron islas que flotaban en este mundo, un mundo flotante.

Cuando los animales que vivían arriba en los cielos vieron lo hermoso que era el mundo, pidieron a Kamui que les dejara ir y vivir en él, y Kamui se lo permitió. Pero además, creó muchas otras criaturas, especialmente para el mundo. Las primeras personas, los Ainu, tenían cuerpos de tierra, pelo de hierba y espinas hechas con varas de sauce (por eso, cuando nos hacemos viejos, nuestras espaldas se doblan).

Kamui envió a Aioina, el hombre divino, bajar desde el cielo, para enseñar a los Ainu a cazar y cocinar.

Los orígenes según los tibetanos

En el principio existía un inmenso vacío sin causa y sin fin. De este gran vacío se levantaron suaves remolinos de aire, que se volvieron más densos y pesados formando el poderoso cetro doble rayo, el Dorje Gyatram. El Dorje Gyatram creó las nubes, las cuales, a su vez, crearon la lluvia. Esta cayó durante muchos años, hasta formar el océano primigenio. Luego, todo quedó en calma, tranquilo y silencioso, y el océano quedó límpido como un espejo.

Poco a poco, los vientos volvieron a soplar, agitando suavemente las aguas del océano, batiéndolas continuamente hasta que una ligera espuma apareció en su superficie dando lugar a la tierra. La tierra emergió como una montaña, y alrededor de sus picos susurraba el viento, incansable, formando una nube tras otra. De éstas cayó más lluvia, sólo que esta vez más fuerte y cargada de sal, dando origen a los grandes océanos del universo.

El centro del universo es la gran montaña de cuatro caras hecha de piedras preciosas y llena de cosas maravillosas. Existen ríos y arroyos en ella, y muchas clases de árboles, frutos y plantas, pues es la morada de los dioses y los semidioses. En torno a ella hay un gran lago, y rodeando a éste, un círculo de montañas de oro. Más allá del círculo de montañas de oro hay otro lago, éste también rodeado por montañas de oro, y así sucesivamente hasta siete Lagos y siete círculos de montañas de oro y más allá del último círculo de montañas se encuentra el lago Chi Gyatso. En el Chi Gyatso es donde se encuentran los cuatro mundos, cada uno de éstos semejante a una isla, con su forma particular y sus habitantes distintos. En el cuarto mundo es el que habitan los hombres.

Al comienzo, nuestro mundo estuvo habitado por dioses. No había dolor ni enfermedades, y los dioses nunca necesitaban comida. Vivían pasando sus días en profunda meditación. No había necesidad de luz, pues los dioses emitían una luz pura de sus propios cuerpos.

Un día, uno de los dioses reparó en que en la superficie de la tierra había una sustancia cremosa y, probándola, comprobó que era deliciosa al paladar y animó a los demás dioses a probarla. Tanto les gustó a todos los dioses la cremosa sustancia, que no querían comer otra cosa, y cuanto más comían, más se reducían sus poderes. Ya no fueron capaces de estar sentados en profunda meditación; la luz que antes había brotado con tal resplandor de sus cuerpos empezó a apagarse poco a poco y finalmente desapareció por completo. El mundo quedó sumido en tinieblas y los grandes dioses se convirtieron en seres humanos.

Entonces, en la oscuridad de la noche, apareció en los cielos el sol, y cuando el sol se apagó, la luna y las estrellas iluminaron el cielo y dieron luz al mundo. El sol, la luna y las estrellas aparecieron a causa de las buenas acciones pasadas de los dioses, y son para nosotros un recordatorio permanente de que nuestro mundo fue una vez un lugar hermoso y tranquilo, libre de codicias, sufrimientos y dolor.

Cuando los nuevos hombres hubieron agotado la provisión de la cremosa sustancia, empezaron a comer los frutos de la planta nyugu. Cada persona tenía su propia planta, que producía un fruto, y cada día, cuando el fruto había sido comido, aparecía otro; uno cada día, lo cual era suficiente para satisfacer el hambre de todos los seres.

Una mañana, un hombre se despertó y descubrió que en vez de producir un solo fruto, su planta había

dado dos. Cayendo en la avidez, se comió los dos frutos; pero, al día siguiente, su planta estaba vacía. Necesitando satisfacer su hambre, ese hombre robó la planta de otro hombre y así fueron haciendo todos, pues cada persona tuvo que robarle a otra para poder comer. Con el robo, llegó la codicia, y todos, temiendo quedarse sin comer, empezaron a cultivar más y más plantas nyugu, debiendo trabajar cada cual cada vez más para asegurarse de que tendría bastante que comer.

Cosas extrañas empezaron a ocurrir entonces en el mundo. Lo que había sido una tranquila morada de los dioses, estaba ahora lleno de hombres que conocían el robo y la codicia. Un día, un hombre empezó a sentir malestar por sus genitales y se los cortó, convirtiéndose así en una mujer. Esta mujer tuvo contacto con hombres y pronto tuvo hijos, quienes a su vez tuvieron más hijos, y en poco tiempo el mundo se llenó de gente, toda la cual tenía que procurarse comida y un lugar donde vivir.

Las gentes ya no vivían juntas en paz. Había muchas peleas y robos, y los hombres de nuestro mundo empezaron a experimentar realmente auténtico sufrimiento, que nacía del estado insatisfactorio en que se encontraban. La gente se dio cuenta de que para sobrevivir tenían que organizarse. Todos se juntaron y decidieron elegir un jefe, a quien llamaron Mang Kur, que significa «muchos gente lo hizo rey». Mang Kur enseñó al pueblo a vivir en una relativa armonía, cada cual en una tierra propia en que construir una casa y cultivar alimentos.

Así es como nuestro mundo llegó a ser, como, de dioses, nos convertimos en seres humanos sujetos a la enfermedad, la vejez y la muerte. Cuando contemplamos el cielo nocturno, o recibimos el cálido brillo del sol, deberíamos recordar que, de no ser por las buenas acciones de los dioses, viviríamos en una total oscuridad y que, de no ser por la codicia de una persona, nuestro mundo no conocería el sufrimiento que hoy experimenta.

Los orígenes según los chinos

En épocas inmemoriales no existían ni el cielo ni la tierra. El universo era una nebulosa caótica y embrionaria de forma parecida a la de un gran huevo. Allí dormía apacible y tranquilo el gigante Pan Ku. Al cabo de dieciocho mil años, el gigante se despertó encolerizado porque a su alrededor sólo había oscuridad. Sacudiendo sus brazos para librarse de éstas produjo una enorme explosión, explotando el gran huevo que contenía el universo. La nebulosa caótica y primitiva, que había permanecido concentrada en un solo lugar durante millones de siglos, comenzó a girar convulsivamente. Las materias ligeras se levantaron vertiginosamente, dispersándose para formar el cielo azul, mientras que las pesadas se precipitaron hacia abajo para dar origen a la tierra.

A pesar de que el cielo y la tierra se habían separado, Pan Ku, estaba preocupado por si las cosas volvían a su lugar y pensó en sostener con los brazos el cielo de manera que poco a poco éstos se fueron separando cada vez más.

Así estuvo muchos siglos, de manera que gracias a su esfuerzo el cielo no volvió nunca a unirse con la tierra. Sin embargo, por culpa del tiempo y del esfuerzo, Pan Ku murió extenuado. Su cuerpo se transformó entonces en todo lo bello que nos rodea: de su aliento nació el viento de primavera y las nieves del invierno, su voz se convirtió en el trueno de las tormentas. Su ojo izquierdo es el sol que calienta durante el día y el derecho la luna que ilumina la noche, y los numerosos cabellos y barba crearon las estrellas. Sus cuatro extremidades y el tronco dieron lugar a los cuatro puntos cardinales y las cinco montañas sagradas. De su sangre nacieron los ríos que bañan China y sus tendones son los caminos que llevan a todas las direcciones. Sus músculos dieron lugar a las tierras fértiles, y los dientes y los huesos al jade y otras piedras preciosas. De sus vellos nacieron las plantas, la hierba y los árboles, y el sudor, la lluvia y el rocío.

EUROPA

Los orígenes según los griegos

Antes del mar, de la tierra y del cielo que todo lo cubre, la naturaleza tenía en todo el universo un mismo aspecto indistinto, al que llamaron Caos: una mole informe y desordenada. Y aunque allí había mar, tierra y aire, la tierra era inestable, las aguas innavegables y el aire carecía de luz. Nada conservaba su forma, y unas cosas obstaculizaban a las otras, porque dentro de un mismo cuerpo lo frío se oponía a lo caliente, lo húmedo a lo seco, lo duro a lo blando, y lo que no tenía peso a lo no pesado. Entonces un dios separó el cielo de la tierra y la tierra de las aguas, y dividió el cielo puro del aire espeso. Cuando hubo desenredado estas cosas, y las hubo separado en lugares distintos, las entrelazó en pacífica concordia. El fuego surgió resplandeciente, y ocupó su lugar en la región más alta; próximo a él por ligereza y por el lugar que ocupa estaba el aire. La tierra, más densa que los

anteriores, absorbió los elementos más gruesos, y quedó comprimida por su propio peso y el agua, fluyendo alrededor, ocupó los últimos lugares, y rodeó la parte sólida del mundo.

Después ordenó a los mares que se expandieran, y rodearan las costas que ciñen la tierra. Añadió también fuentes, estanques inmensos y lagos, y contuvo entre orillas a los ríos. También ordenó que se extendieran los campos, se hundieran los valles, se cubrieran de hojas los bosques y se elevaran las montañas de piedra.

Apenas había acabado de dividir todas estas cosas con límites bien definidos, cuando las estrellas, que durante largo tiempo habían permanecido apresadas en una ciega oscuridad, empezaron a encenderse y a centellear por todo el firmamento. Y para que ninguna región se viese privada de sus propios seres animados, las estrellas y las formas de los dioses ocuparon la superficie celeste, las olas se adaptaron a ser habitadas por los brillantes peces, la tierra acogió a las bestias y el blando aire a los pájaros.

Pero todavía faltaba un animal más noble, más capacitado por su alto intelecto, y que pudiera dominar a los demás. Y así nació el hombre bien porque el artífice de las cosas lo fabricara con simiente divina, o bien porque la tierra que aún conservaba en su interior alguna semillas del cielo junto al que había sido creada, fuera mezclada con agua de lluvia, plasmando con ello una imagen a semejanza de los dioses.

Y mientras los demás animales miran al suelo cabizbajos, al hombre Dios le dio un rostro levantado y le ordenó que mirara al cielo, y que, erguido, alzara los ojos a las estrellas. ,

Los orígenes según los húngaros

Al principio no había tierra, ni animales ni plantas. Al principio sólo existía el Mar Sagrado, con sus eternas olas siempre en movimiento. Pero en las alturas, en una casa dorada, y sentado siempre en su trono de oro, vivía también el Gran Padre de los Cielos.

El anciano, de barbas y cabellos blancos, cubierto con unas vestiduras negras recubiertas de miles de estrellas centelleantes, tenía siempre a su lado a su mujer, la Gran Madre Celestial, que se vestía con blancas vestiduras que también quedaban cubiertas por miles de estrellas. El Padre y la Madre Celestiales habían vivido desde el principio de los tiempos, y vivirían hasta el final de los mismos.

Los padres celestiales tenían un hijo de cabellos dorados: el Dios Sol.

Y fue éste el que un día le preguntó a su Padre:

- ¿Cuándo crearemos el mundo de los humanos, mi querido padre?

A lo que el padre, después de mucho pensar, respondió:

- Mi querido hijo, tienes razón. Creemos un mundo para los humanos y así ellos, que serán tus hijos, tendrán un lugar en el que vivir.

- ¿Y cómo crearemos ese mundo?- preguntó de nuevo el Hijo.

- Así es como lo haremos- respondió el Padre- En las profundidades del Mar Eterno, se encuentran las semillas durmientes que darán lugar al mundo. Desciende, por tanto, a las profundidades del gran mar y trae esas semillas, y así, podremos crear un mundo de ellas.

El Hijo se preparó entonces para la misión que le había encomendado su Padre y, para poder cumplir mejor sus objetivos, se transformó en un pájaro dorado, un pájaro capaz de bucear.

Y así, en forma de pájaro, voló hacia el Mar Eterno.

Al llegar a la superficie del mar, se dejó mecer por las olas durante un rato y, entonces, se sumergió y buceó hacia las profundidades del Azul, buscando su fondo. Pero se vio incapaz de alcanzarlo y, sin respiración, se vio obligado a volver a la superficie a tomar aire.

Allí, descansó un rato, y, cuando hubo cobrado fuerzas de nuevo, cogió aire profundamente y se sumergió de nuevo en las azules profundidades. Y buceó más profundo, hasta donde ya no había luz, y siguió buceando en la oscuridad. Y el aire de sus pulmones se iba liberando lentamente, y las burbujas de aire que se elevaban en el agua eran como perlas que se rompían al llegar a la superficie del mar.

Al final, golpeó el fondo del Mar y, tomando un poco de su arena con su pico, volvió con ella rápidamente a la superficie del agua. Y entre la arena que había cogido en el fondo del Mar Eterno, se encontraban las semillas durmientes.

Y las semillas durmientes, una vez fuera del agua, se abrieron y crecieron, y se transformaron al fin en seres vivientes.

Los orígenes según los vikingos

Al principio, érase el Frío y el Calor. El frío era Niflheim, un mundo de oscuridad, frío y niebla. El calor era Muspell, el mundo del eterno calor. Entre estos dos mundos existía un gran vacío con el nombre de Ginnungagap. En Ginnungagap surgió la vida al encontrarse el hielo de Niflheim y el fuego de Muspell.

De este encuentro entre el frío y el calor nacieron primero el ogro Ymer, el dios del hielo y después la vaca llamada Audumbla. Ymer se alimentaba de la leche de Audumbla pues en el abismo no existía alimento alguno. Del sudor de Ymer nació una pareja de gigantes, los llamados gigantes de hielo o yotes y de sus pies un hijo.

Audumbla, también hambrienta lamió un bloque de hielo, y al fundirlo con su lengua surgió el primer hombre, Bure, enterrado desde épocas antiguas en los hielos perpetuos.

El hijo de Bure se casó con la hija de un yote, y juntos tuvieron tres hijos: Odin, Vile y Ve que representan el espíritu, la voluntad y lo sagrado. Odin y sus hermanos mataron a Ymer y trasladaron su cuerpo al abismo para construir a partir de él un mundo habitable.

Con la piel de Ymer crearon la tierra a la que llamaron Midgård. De su sangre surgió el mar, de sus huesos las montañas, de sus dientes los acantilados, de su pelo los bosques, de su cerebro las nubes y de sus cejas un muro alrededor del inhabitable exterior.

Los dioses, con el cráneo de Ymer, crearon el cielo y para que no se derrumbara sobre todo lo demás creado, lo mandaron sostener por cuatro enanos. Estos se llamaban Nordri, Surdri, Westri y Austri y hoy se les conoce como puntos cardinales.

Los dioses, mientras terminaban la tarea de crear Midgård, observaron que la piel de Ymer comenzaba a arrugarse y que de ella surgían pequeños gusanos. Los dioses pensaron que sería una oportunidad para crear a partir de ellos, los pueblos que habitarían el nuevo mundo y les otorgaron la inteligencia.

Los hombres actuales, procedemos de estos seres primeros, pero nuestra capacidad para pensar es mucho más reducida.

(Fuente: Dickinson Collage)

AMÉRICA

Los orígenes según los cheyennes (Norte de América)

Al principio no había nada. Todo estaba vacío y Maheo, el Gran Espíritu, se sentía desolado. Miró a su alrededor pero no había nada que ver. Trató de oír, pero nada había que escuchar.

Finalmente, Maheo pensó que su Poder podía tener alguna aplicación productiva y concreta.

Creando una amplísima extensión de agua, como un lago, pero salada, comprendió el Gran Espíritu que partiendo del agua podría existir la vida.

Después pensó que deberían existir seres que viviesen en las aguas. Primero hizo los peces que nadaban en las oscuras aguas, luego las almejas y los caracoles, que vivían en la arena y en el fondo del lago. Posteriormente fueron apareciendo los gansos, los ánades, los charranes, las focas, y las cercetas, que vivían y nadaban en los alrededores del lago.

En la oscuridad, Maheo, podía escuchar el chapoteo de sus patas y el batir de sus alas pero quería verlas. Y una vez más los hechos se produjeron de acuerdo a sus deseos. La luz comenzó a brotar y a esparcirse, primero blanca y clareando en el Este, posteriormente dorada e intensa cuando hubo llegado al centro del cielo, extendiéndose al final hasta el último punto del horizonte.

Entonces la gansa se dirigió chapoteando hacia donde se encontraba Maheo, y le dijo: "Óyeme, Maheo. El lago que has hecho, en el que moramos, es bueno. Pero comprende que los pájaros no somos peces, a veces nos fatigamos de tanto nadar y nos sentiríamos muy felices de poder reposar fuera del agua". Entonces Maheo dijo que volasen y todos los pájaros del agua aletearon agitadamente

sobre la superficie acuática hasta que obtuvieron la suficiente velocidad como para remontar el vuelo. Sin embargo, el somormujo, dirigiéndose a Maheo le pidió un lugar firme y seco donde caminar cuando estuvieran cansados de nadar y volar.

Así será, respondió Maheo, pero necesito vuestra colaboración. Necesito que los animales más rápidos y de mayor tamaño encuentren tierra.

Lo intentaron la gansa, el somormujo y el ánade, pero no lo consiguieron. Finalmente vino la pequeña foca, y pidió a Maheo intentarlo, a pesar de no saber volar ni nadar tan bien como sus hermanos.

La foca tardó mucho tiempo en ascender de nuevo a la superficie del agua y cuando lo hizo, de su boca cayó una pequeña bola de lodo que el Gran Espíritu recogió entre sus manos. Maheo dio las gracias a la foca y le dijo que por su acción, sería protegida para siempre.

Maheo hizo rodar la bola de lodo entre las palmas de las manos hasta que la misma se hizo tan grande que ya no le fue posible sostenerla. Buscó entonces por los alrededores con la mirada un sitio donde ponerla, pero no había más que agua y aire.

Pidió entonces ayuda de nuevo a los animales pues necesitaba la espalda de uno de ellos para poder sostener la bola de lodo. Así que Maheo pidió ayuda a la Abuela Tortuga y apiló sobre su redonda espalda una buena cantidad de lodo hasta formar una colina. Bajo las manos del Gran Espíritu, la colina fue creciendo, extendiéndose, y enderezándose, mientras la Abuela Tortuga desaparecía de la vista. Por esto la Abuela Tortuga y todos sus descendientes caminan muy lentos, pues cargan en sus espaldas todo el peso del mundo y los seres que lo habitan.

Ahora ya había agua y también tierra, pero esta era estéril. Entonces Maheo dijo que la Abuela Tierra era como una mujer y, en consecuencia, debería ser productiva. Al pronunciar Maheo estas palabras, los árboles y las hierbas brotaron, convirtiéndose en el cabello de la Abuela y las flores se transformaron en brillantes adornos. Los pájaros se posaron a descansar en las manos de la Abuela, a cuyos lados se acercaron también los peces. Mirando a la mujer Tierra, Maheo pensó que era muy hermosa, la más hermosa de las cosas que nunca había hecho.

Pero no debería estar sola, pensó. Démosle una parte de mí, y así podrá saber que estoy cerca de ella y la amo. Entonces Maheo metió la mano en su costado derecho y sacó una de sus costillas y la colocó dulcemente en el seno de la Tierra. La costilla se movió, se puso en pie y caminó. Había nacido el primer hombre. Pero Maheo sabía que el hombre estaba solo en la Abuela Tierra y que eso no era bueno. Así, utilizando una de sus costillas derecha formó una hembra, que puso al lado del hombre. Entonces sobre la Abuela Tierra hubo dos seres humanos: sus hijos y los de Maheo. Todos eran felices, y el Gran Espíritu era feliz mirándolos.

Un año más tarde, en la época primaveral, nació el primer niño.

Y a medida que transcurrió el tiempo vinieron otros pequeños seres que, siguiendo su camino, fundaron las diferentes tribus. Luego Maheo vio que su pueblo tenía ciertas necesidades Así que con su Poder creó animales que alimentasen y protegieran al hombre.

Los orígenes según los jibaros (Amazonas)

La tierra, al principio, estaba desnuda y fría. Yus, el dios creador, pensó en vestir la tierra seca con árboles gigantes y pequeñas plantas. Entre las ramas el viento silbaba, lo que recordó a Yus que necesitaba poblar su creación con pequeños animales que silbaran como el viento. Creó así a pequeños animales, como las moscas y otros insectos, serpientes que también silbaban y los pájaros. Junto a ellos colocó pequeños animales que saltaban de rama en rama, muertos de sed.

Entonces se dio cuenta de que éstos no tenían agua, por lo que tomó un jarro de oro y derramó el líquido sobre las copas de los árboles, formándose entre ellos primero manantiales y después enormes ríos, poblándose de inmediato de innumerables peces.

Miró entonces al cielo y, lanzando su pañuelo a las alturas, cubrió el cielo apareciendo entonces el sol, la luna y las estrellas.

Pero Yus no estaba satisfecho con su creación, ya que sus criaturas eran demasiado simples para comprender la grandeza de su obra, por lo que tomó un puñado de barro y modeló una figura de hombre. Luego subió a un gran volcán y sobre su cráter se coció el hombre. Yus dio un soplo sobre la figura para enfriar el cuerpo, dándole así la vida e inteligencia para que se extendiera por la tierra.

Los orígenes según los aztecas (Centroamérica)

Al principio existía la Pareja Divina, el señor de la luz del centro y la señora del cielo nocturno. La Pareja Divina, creó a cuatro dioses que dieron lugar al fuego, al calendario, al mar, a los cielos y la tierra. Finalmente, los dioses creadores, por medio de la palabra, hicieron emerger la tierra y los seres que la habitaban: árboles, plantas y animales. Los animales fueron interrogados por los dioses para saber si podían reconocerlos y venerarlos, pero no fueron conscientes ni supieron hablar.

Entonces los dioses formaron, en sucesivas etapas o edades cósmicas, hombres de barro y de madera, que no respondieron a sus deseos. Los de barro fueron destruidos por un diluvio de agua y los de madera se transformaron en monos, que vivieron en su mundo hasta la llegada de un diluvio de resina ardiente que les hizo desaparecer.

Finalmente, los creadores encontraron la materia sagrada: el maíz, que mezclado con sangre de serpiente y de tapir, dio como resultado al hombre requerido: un hombre consciente de los dioses y de sí mismo, como sustentador de ellos. Continuator de los dioses por llevar en su propia constitución física los elementos sagrados: maíz y sangre de los dioses, que le dieron la conciencia. El hombre es el ser creado con la misión de sustentar y venerar a los dioses, y el mundo es su habitación. Sin el hombre los dioses perecen y sin los dioses, el universo entero muere.

OCEANÍA

Los orígenes según los maoríes (Nueva Zelanda)

En la época de la creación, la diosa Tierra, Papa, y su marido Rangí, el dios Cielo, estaban tan enamorados que se abrazaban y no se separaban el uno del otro. Por esta razón, la tierra y el cielo estaban siempre juntos y unidos sólidamente, de forma que la luz no podía entrar en el mundo. Papa parió varios niños, pero éstos quedaron atascados entre sus padres y no podían escapar. Al final, los niños decidieron que tenían que salir de allí. Uno de ellos, Tane, sugirió obligar a sus padres a separarse. Todos los niños estuvieron de acuerdo en que esa era una buena idea. Entonces, uno a uno, trataron, sin éxito, de empujar a sus padres para separarlos. Finalmente, lo intentó Tane. Se dobló sobre sí mismo todo lo que pudo y se metió entre sus padres. Con sus pies apoyados en Rangí y sus hombros apoyados en Papa, empujó. Empujó durante horas, empujó durante días, empujó durante semanas y durante años y años. Y muy, muy lentamente, consiguió ir desdoblado su cuerpo, ir poniéndose derecho, y, al final, separar a sus padres. La luz entonces entró en el mundo y, por primera vez desde que el mundo fue creado, las plantas empezaron a crecer. Pero Rangí y Papa estaban tan tristes por estar separados que lloraban y lloraban. Las lágrimas de Rangí se transformaron en ríos, y los ríos al final dieron lugar al mar. Papa y Rangí lloraban tanto que, al final, hubo peligro de que el mundo entero fuera inundado. Había que hacer algo: uno de los hijos dio la vuelta a Papa, de forma que Rangí no podía ver su cara. Así, él dejó de llorar tanto. Sin embargo, todavía puedes ver sus lágrimas cada mañana: son las gotas de rocío que permanecen en la hierba. Y las nieblas y vapores que se elevan desde el suelo, son los suspiros de Papa.

Los orígenes según los aborígenes australianos

Al principio la Tierra era una llanura desnuda. Todo estaba oscuro. No había vida, ni muerte. El sol, la luna, y las estrellas dormían debajo de la tierra. También dormían allí todos nuestros antepasados, hasta que, finalmente, se despertaron y salieron de su estado, rompiendo la superficie bajo la que se encontraban.

Cuando estos antepasados se despertaron, vagaron por la Tierra, a veces adoptando una forma animal (como canguros, emús o lagartos), otras veces adoptando una forma humana, y otras veces en forma medio humana y medio animal, o mitad humana y mitad planta.

Los Ungambikula eran dos de estos seres, creados así mismos a partir de la nada. Mientras vagaban por la tierra, los Ungambikula encontraron a unos humanos a medio hacer: estaban hechos de plantas o animales, pero eran bultos sin forma. Eran formas vagas y sin terminar, sin miembros ni rasgos distintivos. Se encontraban encogidas, formando una especie de bolas.

Con sus grandes cuchillos de piedra, los Ungambikula esculpieron esos bultos informes, tallando las cabezas, cuerpos, piernas y brazos. Tallaron las caras, y las manos y los pies. Y, al final, los seres humanos fueron acabados. Es por esto que cada hombre y cada mujer debe ser fiel a la planta o al animal del que fue creado (como el ciruelo, las semillas de hierba, los lagartos grandes y pequeños, el periquito o la rata).

Una vez hecho este trabajo, nuestros antepasados volvieron a dormirse. Algunos de ellos volvieron a sus casas bajo la superficie de la tierra, otros se transformaron en rocas y en árboles. Los caminos por los que vagaron, son caminos sagrados. Y en todos los sitios donde estuvieron dejaron señales sagradas de su presencia: una roca, una cascada, un árbol.